



POESÍA

Gabriel Weisz 1er. año de Arte Dramático Fac. de Filosofía

Cuatro poemas

Se pararon las pesadas carretas
y sacaron los bultos.

Las enormes carpas flotaban
en el aire; como murciélagos
cansados.

El payaso se movía adentro;
desde arriba era un punto blanco;
como la larva de una mosca.

Esa cara maquillada
ya no podía parecer joven;
pues las profundas arrugas
eran barrancas
que tragaban el maquillaje.

Era un payaso
que trataba de ser blanco,
pero el arlequín de negro
siempre lo dominaba.

Sus movimientos no eran
para producir la risa
tuberculosa del niño
que va al circo por
última vez.

El mimo no podía reír
porque recordaba el
zapato de charol que
le dejó la mujer zopilote.
Su última mujer.

La araña roja;
rompió en carbón caliente.
Los pasos caninos prefirieron refugiarse en cualquier rincón.
Las garras sedosas de los gatos pisaron la fría acera,
y todo habitante que tuviera algo de bruja;
algo de diablo asomaba su trompa y la paseaba,
por la silenciosa ciudad nocturna.
Quien no pudiera cerrar los ojos observaría tras los dedos fríos,
de aquella noche, una ciudad reposada.
Herida por pasos de algún sordo medio topo,
que se pasara sin miedo alguno,
con un largo saco de lana, dejando aparecer un bastón de raíz de roble,
agarrado por dedos anhelantes de dureza de hueso.
Y un reloj protestando sus horas dentro de algún bolsillo.
Los pasos se volvieron más reposados,
y los cuchillos saltaban en endemoniada orgía.
Las sombras pisoteadas buscaban la eterna tumba de aquel su habitante.



Él se acercó lentamente, sus alas quedaban algo desplegadas.
Las olas furiosas revolcaban la arena
y en lo profundo todo estaba en una quietud infinita.
Los ojos se sumieron dentro de los dos huecos negros.
Verde y rojo con oro cayeron en la cara acuosa.
El loco con su medusa y dejando ver su cuerno, salió en busca de sus
grillos.
Llegando al término del abismo,
le llamó suavemente.
Las voces rieron;
y de la penumbra salió, una mano blanca desapareciendo.
La flor nocturna movió sus pistilos,
retorciéndolos con dolor.
Bellas cosas he visto,
dijo el pobre loco.
Y pronto desapareció su sonrisa.

El gran astro tenía sus ojos vendados con trapos
sucios y la luz salía con lentitud.
Unos guantes de seda negra cubren dos manos de vidrio
que sufren la obscuridad de la tela que las rodea.
El aire está repleto de ruidos,
y las plantas viajan cansadas,
siempre por las mismas venas
bajo un ambiente húmedo y difícil de respirar.
Ahora salen ellas pero no se preocupan
siguen agitando sus alas,
y de éstas cae el polvo que excita la naturaleza.
De las hierbas emerge una casa,
que es atravesada por aves ligeras,
sus cuerpos han absorbido la luminosidad,
y la esparcen dentro de las habitaciones.
En uno de los cuartos,
gruesas cortinas muerden las barras de madera,
y las hacen doblarse.
Afuera se divierten esas,
que mueven sus suaves patas.
Los ojos quedan perdidos,
y se sienten felices.
Aquí adentro no les gusta la luz,
los rayos hieren el ojo de las larvas,
que crecen en la humedad del día nocturno.
Cuando se les ocurre salir afuera, sus alas se queman
y enloquecen furiosas.
Ellas pertenecen a la luna.
Únicamente los días de eclipses se sienten felices, y sus hijos
con ojos de noche, se mueven por grandes abdómenes.

Dibujo de Pablo Weisz

